



RESUMEN DE LA REVOLUCIÓN URUGUAYA Y DE LAS GUERRAS DE ARTIGAS

III

GUERRAS CON BUENOS AIRES Y PORTUGAL

NEGOCIACIONES DE ALVEAR CON OTORGUÉS

Desde los primeros trámites de la capitulación de Montevideo, Alvear, temiendo que aun pudieran tener resultado los esfuerzos que había hecho Vigodet por congraciarse a los jefes artiguistas, enemistados, como estaban, con los sitiadores, se había dirigido a Otorgués, manifestándole la inminencia de la caída de la plaza, e invitándole a hacerse representar por delegados que interviniesen en la capitulación, y en cuyas manos entregaría él el gobierno de la ciudad apenas la ocupase. Juraba que estas ofertas eran sinceras, pero no lo era más que las obligaciones que suscribía, entre tanto, con Vigodet. No bien hubo ocupado la plaza, salió Alvear con 200 hombres al encuentro de Otorgués, que acampaba en Las Piedras, y

después de entretenerle con parlamentos, para dar lugar a reforzarse, lo atacó en la noche del 25 de Junio, y le obligó a huir, tomándole las caballadas y boyadas, además de gran cantidad de prisioneros.

REHABILITACIÓN DE ARTIGAS POR EL GO- BIERNO DE BUENOS AIRES—NUEVO ROM- PIMIENTO ENTRE AMBOS

Alarmado el gobierno de Buenos Aires por los rápidos adelantos que la propaganda de Artigas hacía en las provincias del litoral, decidió tentar un avenimiento con el caudillo uruguayo. Empezó por derogar, a 17 de Agosto, el decreto en que se había infamado al caudillo y puesto a precio su cabeza; y con la firma del propio Director Posadas, que había suscrito aquel decreto, declaró a Artigas *buen servidor de la patria*, y le confirió el título de Coman-

El Libro de la América Latina

dante general de la campaña de Montevideo.

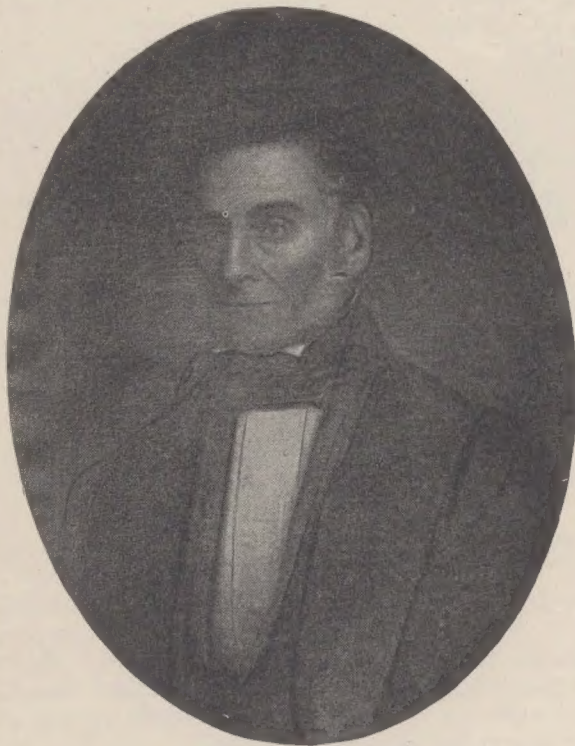
Seguidamente, Alvear escribió a Artigas, invitándole a enviar comisionados con quienes ajustar los términos de la conciliación. El Jefe de los Orientales designó, con ese objeto, a don Tomás García de Zúñiga, don Miguel Barreiro y don Manuel Calleros. Alvear los recibió muy cordialmente, y les manifestó que el propósito de su Gobierno era entregar la plaza de Montevideo en manos de los orientales, retirando el ejército que la ocupaba. En efecto, los comisionados artiguistas pudieron presenciar el embarque del ejército, y se despidieron con la seguridad de que toda discordia estaba terminada. Pero no había en esto sino un nuevo engaño de Alvear. Las tropas que aparentaban dirigirse a Buenos Aires, iban en realidad a la Colonia, donde desembarcaron con el propio Alvear a la cabeza, mientras una división mandada por el coronel Dorrego salía de Montevideo, en dirección a San José. El plan era que, reuniéndose en este último punto ambas fuerzas, cayeran repentinamente sobre Otorqués, desprevenido y confiado en la paz que acababa de estipularse. Tal como lo pensaron lo hicieron, atacando Dorrego al caudillo artiguista en su campamento de Marmarajá, derrotándolo y obligándolo a internarse en el Brasil. Luego dirigióse el vencedor a

combatir a Rivera, que se hallaba entre el Río Negro y el Yi, y que al principio esquivó el combate, retrocediendo, pero que reforzado más tarde, obligó al jefe porteño a retroceder a su vez y a refugiarse en la Colonia. Allí se incorporaron a las de Dorrego otras fuerzas que mandaba Soler, y todas ellas volvieron hacia el norte.

Artigas hizo concentrarse a sus principales tenientes para esperarlas.

BATALLA DEL GUAYABO

El 10 de Enero de 1815, Dorrego, al frente de mil doscientos hombres, se encontraba acampado en las cercanías del paso del Guayabo, en Paysandú, cuando le alcanzaron las fuerzas artiguistas, en número aproximadamente igual, llevando por jefe a Rivera, a cuyo lado estaban Lavalleja y Bauzá, que con él comparten la gloria de la batalla que allí iba a librarse.



Don Miguel Barreiro, político y constituyente uruguayo.

Fingiendo los orientales una huida, consiguen atraer al enemigo a una depresión del terreno, donde está apostado el regimiento de Blandengues, al mando de Bauzá, que le sale al paso de súbito, obligándolo a volver atrás, y persiguiéndole hasta arrollarlo y dispersarlo. Completan esta persecución los escuadrones de Rivera y Lavalleja. El ejército de Dorrego cae en espantoso desbande; los que salvan la vida y no logran huir, se entregan prisioneros, y el propio jefe, acompañado sólo de veinte de los suyos, atraviesa en fuga el Uruguay.

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

Esta magnífica victoria de Rivera concluyó definitivamente con la dominación de Buenos Aires en territorio oriental. Nuestro derecho a gobernarnos por nosotros mismos, el ideal de autonomía que era el complemento necesario de la independencia, quedaban consagrados por uno de los más hermosos hechos de guerra que realzan las páginas de nuestra historia.

ENTREGA DE MONTEVIDEO A LOS ORIENTALES

Alvear, que al verificarse la acción del Guayaibo se hallaba en Buenos Aires de Director Supremo, por renuncia de Posadas, envió a Montevideo a su ministro don Nicolás Herrera, para que pactara con el Jefe de los Orientales las condiciones de la paz. Mediaron también con igual objeto dos miembros del Cabildo de Montevideo, que se trasladaron al campamento de Artigas, y quedó estipulada la desocupación de la ciudad por las fuerzas de Buenos Aires y su entrega a las milicias uruguayas. No se retiraron aquellas fuerzas sin antes cargar con cuanto material de guerra había en la ciudad, arrojando al agua la pólvora que no podían llevarse, en cuya faena se produjo una terrible explosión, de que ha quedado trágica memoria en la crónica de Montevideo.

Artigas designó, para tomar posesión de la ciudad, a Otorgués, que, con el título de Gobernador militar, hizo su entrada en ella el 26 de Febrero. Otorgués enarboló en la ciudadela de Monte-

video el pabellón de Artigas, formado de una lista horizontal blanca entre dos azules y una diagonal roja, que parte del ángulo superior izquierdo. También se fijó en la Ciudadela el escudo de la Provincia, compuesto de dos cuarteles, uno superior, que figuraba un sol naciente en el mar, y otro inferior, en el que un brazo desnudo sostenía una balanza;

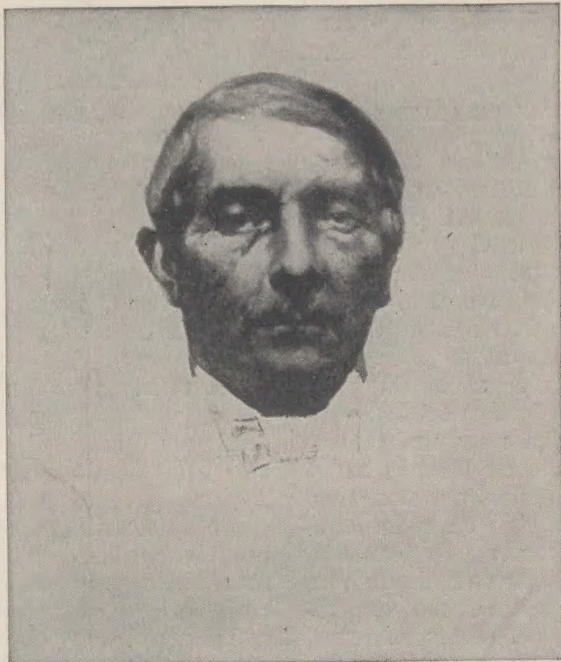
formando entre ambos cuarteles un óvalo coronado por una cimera de plumas de avestruz indígena, y que llevaba en derredor esta inscripción: *Con libertad ni ofendo ni temo.*

G OBIERNOS DE OTORGUÉS Y DE BARREIRO

Hombre rudo y brutal, Otorgués carecía de condiciones para el gobierno de una sociedad civilizada. Toleró los mayores excesos de la soldadesca, si es que él mismo no la estimulaba a

ellos; afrentó a los vecinos españoles, con burlas y vejámenes indignos, impuso a capricho contribuciones, cuyo destino nunca apareció comprobado, y mantuvo en permanente zozobra a la parte honorable y culta de la población.

La forzosa tardanza de las comunicaciones impidió que Artigas tuviese conocimiento inmediato de esos desórdenes, pero así que lo tuvo, en Julio de 1815, dispuso la separación de Otorgués, y lo substituyó con el conspicuo ciudadano don Miguel Barreiro, a quien impartió instrucciones para que garantizase la tranquilidad del vecindario, sin molestar ni perseguir a nadie por las opiniones que profesara. El coronel Fructuoso



Fructuoso Rivera. Caudillo uruguayo, vencedor en Guayaibo, Rincón y las Misiones.

El Libro de la América Latina

Rivera, jefe moderado y conciliador, fué designado Comandante general de armas. Para integrar las funciones del gobierno, se reconstituyó el Cabildo en forma que hizo de él algo semejante a una asamblea representativa de todos los pueblos orientales, pues en su elección intervinieron delegados de los cabildos de todos ellos, además de los electores de las distintas secciones de la ciudad. La administración, así organizada, fué fecunda en bienes y adelantos para Montevideo.

INFLUENCIA ARGENTINA DE ARTIGAS— CAÍDA DE ALVEAR

La influencia de Artigas, triunfante en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, se había propagado hasta Córdoba, donde el prestigio del gran caudillo se impuso con la misma fuerza incontrastable. No había en la extensión de las Provincias Unidas renombre semejante al suyo, porque Artigas personificaba el sentimiento federal y era la única voluntad suficientemente enérgica para mantenerlo frente al centralismo de Buenos Aires. Considerado por aquellos pueblos como su Protector, obedecido en todos ellos por los caudillos locales, Artigas era, más que nunca, el objetivo de los miedos y los odios de ese centralismo, que representaba entonces el Director Alvear. Después de vencer en Santa Fe a las fuerzas alvearistas, se propuso Artigas marchar sobre la misma Buenos Aires, donde no le faltaban partidarios. El Director envió contra él tropas mandadas por el coronel Álvarez Thomas, pero este jefe, al llegar a Fontezuelas, el día 23 de Abril, se subleva contra Alvear y le exige que renuncie su investidura. El Cabildo y el pueblo de Buenos Aires apoyan la intimación. Alvear se ve obligado a huir, y Álvarez Thomas le sustituye como Director provisional. Los primeros actos del nuevo Director fueron de reparación y homenaje para Artigas: se quemaron en la plaza pública los bandos infamantes que contra el caudillo uruguayo había lanzado el Cabildo de Buenos Aires, bajo la presión de Alvear, y se acordó obsequiar a

Artigas con una espada de honor. No contento con esto, Álvarez Thomas hizo prender a un grupo de ciudadanos espec-
tales, de los que más se habían sindicado como enemigos del caudillo, y se los envió a éste con ánimo de que saciara en ellos su venganza. Pero Artigas, procediendo con caballeresca dignidad, no sólo rechazó esa bárbara incitación, a la que opuso que «él no era verdugo del gobierno de Buenos Aires», sino que trató a aquellos enemigos suyos con toda consideración y cortesía.

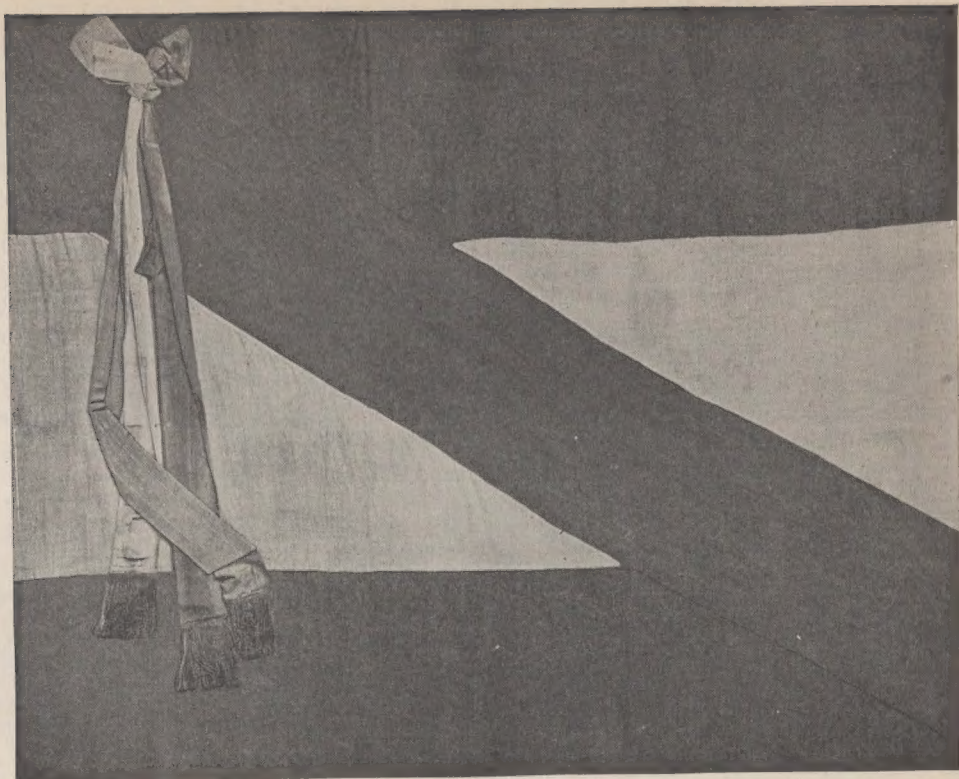
PROPOSICIÓN DE ÁLVAREZ THOMAS A ARTIGAS

Álvarez Thomas y el círculo que le rodeaba no eran, en realidad, más amigos de Artigas que Alvear y los suyos, aunque el interés del momento los llevase a congraciarse la voluntad del caudillo oriental. La influencia incontrastable de éste en parte de las mejores provincias, sugería al nuevo gobernante tanto temor y recelo como a su antecesor, y las ideas republicanas que Artigas difundía en su programa del año XIII, contrariaban los planes de Álvarez Thomas y sus consejeros, que como todos los hombres dirigentes en la política porteña, eran decididamente monárquicos y se hallaban empeñados en laboriosas gestiones para encontrar en las cortes de Europa un príncipe que aceptase la corona del Río de la Plata.

Después de aquellos primeros halagos, pensaron en la manera de desembarazarse de quien tanto les obstaculizaba, y a ese fin convinieron en proponerle la absoluta independencia de la Banda Oriental, con lo que se eliminaría la influencia del Jefe de los Orientales, en las demás provincias adictas a su protectorado. Don Juan José Pico y Don Francisco Bruno de Rivarola se entrevistaron, en nombre del gobierno de Buenos Aires, con Artigas, y le presentaron esa proposición, que el caudillo rechazó de plano.

ARTIGAS Y LA INDEPENDENCIA ORIENTAL

Artigas, en efecto, no deseaba la independencia de la Provincia Oriental respecto del conjunto de las demás del



LA BANDERA DE ARTIGAS



EL CABILDO DE MONTEVIDEO

El Libro de la América Latina

Río de la Plata. Su pensamiento era otro: anhelaba que todas ellas constituyeran una gran nación, organizada según el régimen federal, como hemos visto al hablar de sus memorables instrucciones a los diputados orientales; pero tendía, más o menos conscientemente, a que su Provincia fuese el núcleo, la parte central y directora de esa gran nación. Por eso se oponía a que la capital de la federación rioplatense se estableciese en Buenos Aires, y por eso, como representante y jefe de los orientales, se consideraba el protector natural de los demás pueblos del viejo Virreinato.

Esto, lejos de disminuir la significación patriótica de Artigas, la engrandece, a la vez que magnifica el alcance de su pensamiento político. Prefería que su patria fuese la cabeza de una vasta y poderosa nación, antes que verla constituir por sí sola un Estado relativamente pequeño. El desenvolvimiento de los sucesos volvió imposible la realización de aquel hermoso sueño de Artigas; los orientales hallaron la fórmula de sus destinos en la solución de la independencia absoluta, y el propio Artigas, si hubiese intervenido en los acontecimientos que produjeron esa solución, la hubiera aceptado acaso como única posible, una vez que ya no lo era su grandiosa aspiración anterior.

El sentimiento que en Artigas y en los orientales existió siempre y ardorosamente, es una altiva aspiración a la autonomía y preeminencia de su pueblo. Este sentimiento, lo mismo, si no mejor, pudo satisfacerse con una gran organización federal promovida e inspirada por nuestra provincia, que con su segregación para formar un Estado enteramente aparte; cualquiera de ambas soluciones respondía en lo esencial a aquellas aspiraciones, y es así como se reconoce una verdad histórica evidente cuando se afirma que es Artigas el precursor eficacísimo de nuestra independencia y nuestra nacionalidad.

REANÚDASE LA GUERRA ENTRE ARTIGAS Y BUENOS AIRES

A fin de evitar el rompimiento con el gobierno de Buenos Aires, después de

fracasadas las proposiciones de Álvarez Thomas, Artigas convocó, en la Concepción del Uruguay, un Congreso de representantes de las cinco provincias artiguistas, para que designasen delegados que se trasladaran a Buenos Aires y negociaran allí alguna fórmula de avenimiento, siempre sobre la base de la unión de todas las provincias dentro de una organización federal. Reunióse ese congreso en el mes de Julio, y designó sus delegados; pero las gestiones que éstos hicieron ante el gobierno porteño, escollaron en una resistencia pertinaz.

Nuevamente quedaban en guerra Artigas y Buenos Aires. El ejército bonaerense, al mando del coronel Viamonte, invade la provincia de Santa Fe, se adueña de ella y la castiga duramente; pero al fin es vencido por la reacción de las montoneras artiguistas, y, hecho prisionero, se le envía al campamento del caudillo oriental, que le devuelve la libertad sin tomar contra él venganza alguna.

PURIFICACIÓN—EL GOBIERNO DE ARTIGAS

Artigas tenía establecido su campamento sobre la margen izquierda del Uruguay, donde desagua el arroyo del Hervidero, al pie de la meseta que hoy denominamos *de Artigas*. Allí, en Mayo de 1815, fundó un villorrio a que puso el nombre de Purificación y que contribuyó a poblar con algunos centenares de indios, a quienes dedicó a la labranza, y con los españoles que le eran remitidos de Montevideo como peligrosos para la causa de la Independencia. Desde esa población humilde, de ranchos de barro y paja, desempeñó Artigas el gobierno de la provincia, sin que su continua actividad guerrera le impidiese contraer su espíritu a los cuidados de la administración y al desenvolvimiento de la cultura. En asidua correspondencia con todos los cabildos orientales, los estimulaba y dirigía en la labor. La organización del país tendía a consolidarse, a pesar de tantas turbulencias. Se regularizaba la vigilancia de los campos, en protección de los hacen-

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

dados; se fomentaba la aplicación a la agricultura; se cuidaba de la higiene de las poblaciones. Fundáronse escuelas públicas en Montevideo y Purificación, y se distribuyeron cartillas a los curas de otras poblaciones para que enseñasen a los niños privados de los beneficios de la escuela. El 25 de Mayo de 1816 abrióse solemnemente en Montevideo la Biblio-

teca Pública, dirigida por el ilustre Larrañaga. Si a todos esos adelantos se agregan los que se realizaron en el culto religioso y en la organización militar, se tendrá idea suficiente de cuan lejano era el estado de la Provincia del declive fatal de anarquía y de barbarie con que pretendieron justificar los portugueses la conquista que habían de iniciar bien pronto. Los medios de civilizar eran escasos y difíciles, pero la voluntad de Artigas se orientó con afán perseverante, en el sentido de la civilización y del orden.

EL CONGRESO DE TUCUMÁN

Buenos Aires había invitado nuevamente a las provincias a designar representantes para un Congreso Constituyente, que debía reunirse en Tucumán. Las provincias artiguistas rehusaron la invitación, esquivando contribuir a una obra que se realizaría bajo la influencia de Buenos Aires y con propósitos adversos al programa republicano federal que les había dado

su caudillo. En oposición del Congreso de Tucumán, Artigas convocó a las provincias de su protectorado, y a las demás de la Unión, a otro congreso que había de instalarse en Paysandú.

El de Tucumán abrió sus sesiones el 24 de Marzo de 1816. Las tendencias monárquicas y unitarias a que respondían se manifestaron de inmediato con

el nombramiento del coronel don Juan Martín de Pueyrredón, hombre de esas ideas, para ejercer, como Director, el gobierno. El 9 de Julio declaró aquel congreso la independencia de las Provincias Unidas, que Artigas había formulado tres años antes y que los gobiernos de Buenos Aires habían retardado hasta entonces con sus protestas de fidelidad a Fernando VII.

ORIGEN DE LA INVASIÓN PORTUGUESA

Para que el Congreso de Tucumán rea-

lizara su ideal de organización, instituyendo en el Plata la monarquía y estableciendo el predominio político y económico de Buenos Aires sobre los demás pueblos del viejo Virreinato, sólo había una dificultad fundamental: la resistencia de las provincias influidas por Artigas. Todo había sido inútil hasta aquel momento para dominar al caudillo republicano. Faltaba recurrir a un plan, cuya ejecución importaba ir contra la misma causa de la independencia que el Congreso había sancionado, y entregar al extranjero un pedazo de la



Artigas—retrato por C. M. Herrera. El Héroe aparece sobre la meseta del Hervidero, donde tenía su cuartel general.

El Libro de la América Latina

patria, a trueque de batir al caudillo que mantenía el espíritu de la resistencia federal. Consistía ese plan en excitar las inveteradas ambiciones de los portugueses sobre el territorio oriental del Uruguay y facilitarles la invasión y ocupación de este territorio, para que aplastasen, con Artigas, al pueblo que él acaudillaba.

Don Manuel José García, ministro diplomático del gobierno de Buenos Aires en Río de Janeiro, fué el principal agente de la trama, consentida y esti-

de guerra que había concebido desde los primeros amagos de la invasión. Consistía ese plan en invadir él a su vez las Misiones orientales, dominadas por los portugueses, y la provincia de Río Grande, donde tenía Lecor su cuartel general, obligando así a los enemigos a defenderse en su propio territorio, para lo cual necesitarían distraer las fuerzas con que habían de invadir el nuestro. Además, envió a Rivera a que se situase en observación sobre Maldonado y congregase las milicias de esa parte



EL FUERTE DE SANTA TERESA

mulada por el Director Pueyrredón, con conocimiento y aquiescencia del Congreso de Tucumán.

LA INVASIÓN—EL PLAN DE ARTIGAS—PRIMERAS DERROTAS

El general portugués don Carlos Federico Lecor recibió el mando del poderoso ejército, en mucha parte ya probado en las guerras contra Napoleón, que se destinó a invadir el territorio uruguayo.

La vanguardia del ejército invasor, compuesta de unos dos mil hombres, atravesó la frontera, en Agosto de 1816, a la altura de San Miguel, y tomó posesión del fuerte de Santa Teresa.

Artigas se dispuso a ejecutar el plan

de la campaña, y a Otorgués a que hiciera lo mismo en Cerro Largo. Artigas creía poder reunir para esta guerra hasta ocho mil hombres, contando con el auxilio que esperaba de las Provincias de Entre Ríos y Corrientes.

De la invasión de Misiones encargó Artigas a su hijo adoptivo, el indio Andrés Guacararí, llamado comúnmente *Andresito*, que debía obrar en combinación con Sotelo, enviado a reforzarle por tierra, y con una pobre escuadrilla, que había organizado Artigas para dominar el Alto Uruguay, poniéndola bajo la dirección del marino irlandés Pedro Campbell, radicado en el Plata desde las invasiones inglesas, y fer-

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

viente partidario del caudillo oriental. Otro de los tenientes artiguistas, Verdún, invadió a Río Grande por el Cuareim, y el mismo Artigas situóse sobre la margen derecha de este río, cerca de la guardia de Santa Ana, para dirigir los movimientos de sus jefes. Andresito llevaba 1000 hombres y dos piezas de artillería; 600 hombres Sotelo; 800 Verdún; y 1.500 quedaban con Artigas.

La vanguardia de este último, al mando de su sobrino Gatel, encontróse el 22 de Septiembre frente a una división portuguesa, destacada de las fuerzas del general Curado, y obtuvo completo triunfo sobre ella, obligándola a huir. Pero no cupo igual fortuna a Andresito ni a Verdún. El primero había puesto sitio a la villa de San Borja, cuando acometido el 3 de Octubre por el coronel Abreu, que acudió en socorro de la guarnición, se vió forzado a levantar el sitio y a refugiarse en Corrientes. Diez y seis días después, Verdún era derrotado en Ibiracohy por el brigadier Mena Barreto. Para complemento de estos desastres, Artigas mismo, atacado el 27 de Octubre en Curambé por el coronel Oliveira Álvarez, sufrió una derrota tan sangrienta que costó la vida a la mitad de sus soldados.

A estos reveses de la guerra vino a unirse, en el ánimo de Artigas, la amarga impresión de disturbios ocurridos en Montevideo, por obra de los que, en presencia de la invasión extranjera, dudaban de la posibilidad de la resistencia del caudillo, y deseaban la reconciliación con Buenos Aires, ignorando, sin duda, que era allí donde había tenido su más eficaz estímulo la invasión. El delegado Barreiro fué depuesto por los sediciosos, pero el Cabildo, al que transfirieron la autoridad de aquél, lo repuso, una vez que se aquietaron los ánimos, y el orden quedó restablecido.

NUEVAS DERROTAS ARTIGUISTAS

Entretanto, fracasada la ofensiva de Artigas en territorio del Brasil, los portugueses se apresuraron a llevar ade-

lante la invasión del nuestro. El 16 de Noviembre, Lecor, con el grueso de su ejército, atravesaba la frontera uruguaya, entre la laguna Merim y el Océano, y tomaba rumbo a Maldonado. El mariscal Bernardo de Silveira invadió, aquel mismo mes, por Yaguarón.

No tardó la vanguardia de Lecor, mandada por Pinto de Araujo, en tropezar con las milicias de Rivera. Libróse la batalla el 19 de Noviembre, sobre el arroyo de India Muerta, y el resultado fué totalmente adverso a los orientales, que se dispersaron dejando sobre el campo 250 muertos. Todas estas derrotas, inevitables dada la desigualdad de disciplina, de dirección militar y de recursos, reflejan sobre los vencidos la gloria del sacrificio heroico que atestigua el número de los caídos en ellas. Lecor siguió su marcha hacia el sur, sin más obstáculo que el que le opuso en el Sauce una partida mandada por el capitán don Venancio Gutiérrez, de los dispersos de India Muerta, que llevó de improviso sobre los invasores una mortífera carga de caballería. Pero este episodio no fué bastante a impedir que el general portugués tomase posesión, a principios de Diciembre, de la plaza de Maldonado.

TRIUNFO PRECARIO DE OTORGUÉS—FRACASO DE CASUPÁ

El mariscal Silveira, que desde Yaguarón avanzaba por Cerro Largo, tendiendo a incorporarse a Lecor, fué acometido en el paraje nombrado Pablo Páez, por Otorgués, con brillante aunque precario éxito para el caudillo artiguista. Silveira se retiró, perseguido de cerca por su vencedor. Pasaron ambos el arroyo Cordobés, y el jefe lusitano, acosado, buscó refugio en los potreros de Casupá. Mientras tanto, Rivera, rehecho ya de su derrota, se había reunido con nuevas fuerzas a las de Otorgués, y entre ambos caudillos decidieron atacar a Silveira en su refugio. Todo parecía asegurar el resultado de este golpe, que acaso hubiera cambiado radicalmente el desenvolvimiento de la guerra; pero desavenencias producidas entre Otorgués y Rivera

El Libro de la América Latina

hicieron que el primero se retirase, dejando al último que acometiese solo la empresa. Silveira, sabedor de esta escisión, que reducía a la mitad el número de sus enemigos, cobró ánimo y se determinó a salir de su encierro. En vano la vanguardia de Rivera, mandada por Lavalleja, quiso estorbar su marcha y pretendió sitiarle después en el pueblo de Minas. A mediados de Enero de 1817, las fuerzas de Silveira se incorporaban, en Pan de Azúcar, al ejército de Lecor.

NUEVA CAMPAÑA DE ARTIGAS Y NUEVOS REVESES

La voluntad indomable de Artigas no se abatió a pesar de tantos reveses. Una vez derrotado en Curumbé, atravesó el Cuareim, y acampando al Sur de este río, trató de rehacer su ejército, que pronto alcanzó a reunir 4000 hombres. De éstos apartó unos 600 que, bajo su mando inmediato, situó en los Cerros del Arapey, donde tenían una buena defensa natural. Destinó los 3400 restantes a invadir nuevamente, por el Cuareim, el territorio brasileño, bajo el mando de su teniente Andrés Latorre, de valor famoso. Los portugueses, a cuyo frente se había puesto en aquella parte el Marqués de Alegrete, sustituyendo al general Curado, se anticiparon a tomar la ofensiva, y pasaron, en número de 2600 hombres, a este lado del Cuareim. Seiscientos de ellos, mandados por el coronel Abreu, avanzaron sobre el cuartel general de Artigas, lo asaltaron y lo tomaron, produciendo la dispersión de la guardia del caudillo, que estuvo a punto de caer prisionero.

Entretanto, Alegrete se hallaba acampado en el Catalán, a donde fué a provocarle Latorre, no sin que antes volviera Abreu a reunirse con su jefe. El 4 de Enero libróse allí una cruentísima batalla, cuyo resultado permaneció, por algún tiempo, indeciso, hasta que una vigorosa carga de los lusitanos sobre la izquierda artiguista, determinó la derrota de los nuestros, con pérdida de mil hombres, artillería y caballadas.

Andresito, que ocupaba con seiscien-

tos hombres el Aguapey, en las Misiones Occidentales, fué acometido y destrozado el día 19, por fuerzas del brigadier Chagas. El vencedor coronó su triunfo arrasando bárbaramente aquellas poblaciones.

NEGOCIACIONES DE MONTEVIDEO CON BUENOS AIRES—OCUPACIÓN DE MONTEVIDEO POR LECOR

El desaliento que estos desastres producían en Montevideo se hizo más hondo desde que se tuvo conciencia de la imposibilidad de oponerse al paso del ejército de Lecor, que adelantaba su marcha sobre la ciudad.

Ya, a raíz de la derrota de India Muerta, Barreiro y el Cabildo de Montevideo habían buscado, como último medio de salvación, el auxilio del Gobierno de Buenos Aires, cuya complicidad con el invasor desconocían. A ese fin, comisionaron a don Juan José Durán y don Francisco Giro para que se entrevistasen con el Director Pueyrredón. Simuló éste acoger favorablemente a los comisionados, y prometió auxiliar a los orientales a condición de que «jurasen obediencia al Director y al Congreso de Tucumán, enarbolando el pabellón argentino». Se pretendía, pues, que los orientales realizaran por sí mismos el plan de eliminación de Artigas y del ideal artiguista: el plan que se había querido ejecutar provocando la invasión portuguesa. Barreiro y el Cabildo se negaron a aceptar semejantes bases de alianza; y no sólo estas bases, sino el hecho mismo de negociar la intervención del Gobierno de Buenos Aires, fué enérgicamente repudiado por Artigas, que, a diferencia de los hombres de Montevideo, tenía pleno conocimiento de la responsabilidad que cabía a aquel gobierno en los orígenes de la invasión.

Fracasa da la ilusoria esperanza que habían inspirado tales gestiones, Barreiro y el Cabildo consideraron irremediabilmente perdida a la ciudad, con cuya guarnición, de apenas 600 hombres, no era posible pensar en impedir la entrada del poderoso ejército de Lecor. Pero mientras Barreiro,

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

adoptando la única actitud conciliable con la dignidad, dada esa situación, resolvió salir de la ciudad con las fuerzas que la guarnecían, como lo hizo en la noche del 18 de Enero, e ir a buscar en los campos dónde pelear por la independencia de la patria, el Cabildo, amilanado, determinó someterse, en forma humillante, al invasor extranjero. Declaró que sólo la violencia le había obligado a hacer causa común con Artigas, y que sus verdaderos sentimientos eran pedir la protección del Rey de Portugal; y mandó al encuentro de Lecor una comisión que le presentase sus respetos y le entregara los oficios en que se le expresaba la confianza de que garantizaría el orden público y los derechos de todos. El 20 de Enero hacía su entrada en la ciudad el general lusitano, rodeado por los cabildantes, que le condujeron, bajo palio, al *Tedéum* con que se solemnizaba su providencial intervención.

Lecor procuró satisfacer, desde su llegada, el deseo de reposo y seguridad que había en el ánimo de la clase conservadora, después de tantas turbulencias; y al mismo tiempo, se propuso sofocar por el terror todo conato de rebelión, dictando un bando draconiano contra los que persistían en el delito de defender la integridad del suelo donde habían nacido.

LA CONSTANCIA DE ARTIGAS—DESERCIÓN DE ALGUNOS DE SUS JEFES

Mientras una parte de los hombres de la ciudad se encorbaba así delante del conquistador, Artigas, levantándose otra vez de su derrota, con sublime porfía, procuraba reorganizar la resistencia.

La guarnición retirada de Montevideo por Barreiro, había acampado en el Paso de Cuello, donde se le incorporó Rivera. Un destacamento de caballería, a las órdenes de Lavalleja, se adelantó hasta Toledo, y allí hostilizaba eficazmente a las partidas lusitanas que salían de Montevideo. Lecor mismo, que se aventuró a llegar hasta la Florida, fué obligado a retroceder. El grueso del ejército de Barreiro avanzó entonces hasta acampar en el Paso de la Arena,

sitiando la ciudad, y Artigas vino a tomar personalmente el mando de las fuerzas sitiadoras, en las que permaneció un mes, de Abril a Mayo.

La opinión de que era necesario conciliar con el gobierno de Buenos Aires, para auxiliarse de él en la guerra contra el usurpador, ganaba terreno entre los propios jefes artiguistas. Sólo Artigas la resistía inexorablemente, y como Barreiro se manifestara partidario de aquella solución, le separó de la línea, y confió el mando del ejército sitiador a Rivera, al volverse él a Purificación. Pero el descontento que la intransigencia de Artigas con Buenos Aires producía en el ánimo de algunos jefes, y la dificultad con que estos mismos, siendo hombres de ciudad y militares de escuela, sufrían la dirección de un caudillo como Otorgués, que al cabo de poco tiempo vino a sustituir en el mando a Rivera, dieron lugar a la defección del cuerpo de *Libertos*, mandado por Bauzá, con quien desertaron también los hermanos Manuel e Ignacio Oribe, Carlos San Vicente, Gabriel Velasco, y otros oficiales de nota. Incitados por Pueyrredón, se trasladaron a Buenos Aires, después de convenir con Lecor que éste les daría libre paso por Montevideo.

El sitio quedó moral y materialmente debilitado. Otorgués, sin autoridad que le granjeara respeto, se alejó, con un grupo, en dirección a Mercedes, y el comandante José Llupez asumió el mando de las fuerzas sitiadoras.

DECLARACIÓN DE GUERRA DE ARTIGAS AL DIRECTORIO

La secreta complicidad de Pueyrredón con los portugueses tuvo una manifestación ostensible en la libertad que concedió a las expediciones que éstos enviaban en busca de bastimentos, para que circularan por las aguas del Uruguay y el Paraná.

Artigas, a pesar de su crítica situación frente al invasor, respondió a esa muestra de parcialidad declarando la guerra al Directorio. Famosa es la nota del 13 de Noviembre de 1817, en que el caudillo, al formular dicha

declaración, la fundaba denunciando la complicidad que, ignorada o puesta en duda por muchos de los contemporáneos, era en él un firme convencimiento, como es hoy una verdad comprobada por la historia.

Pueyrredón trataba de apartar de la influencia de Artigas a los caudillos de las provincias argentinas litorales, y consiguió la defección de algunos de ellos, a quienes auxilió con tropas de Buenos Aires. Pero pronto el caudillo entrerriano Francisco Ramírez, fiel todavía al Protector, derrotó en su provincia a las fuerzas del Directorio; y algo más tarde, Andresito, que se había adueñado nuevamente de una parte de las Misiones, venció a los directoriales en Corrientes.

NUEVA E INFORTUNADA CAMPAÑA CONTRA LOS PORTUGUESES

Restablecido su predominio en las provincias litorales, Artigas volvió a encararse con los portugueses, emprendiendo una nueva invasión sobre Río Grande. El resultado inmediato de esta invasión fué favorable, y el caudillo oriental logró apoderarse de las poblaciones fronterizas, desde Santa Teresa hasta Pelotas; pero no tardaron en ser recuperadas por las fuerzas portuguesas que vigilaban aquella frontera. Mientras tanto, el general Curado, con un ejército de 4000 hombres, pasaba al territorio oriental y marchaba al encuentro de Artigas, que había acampado en Purificación. El caudillo hizo adelantarse su vanguardia, a las órdenes de Lavalleja. Este valeroso jefe cayó prisionero de las avanzadas de Curado, en un arranque de su impetuosa bravura, y la vanguardia artiguista fué derrotada, a los pocos días, por la del ejército enemigo. Artigas retrocedió entonces hasta el Queguay, donde acampó. Una división portuguesa, mandada por Bento Manuel Riveiro, atravesó el Uruguay; se apoderó, en el Arroyo de la China, de las armas, el dinero y las caballadas que allí había acumulado el Jefe de los Orientales, y volvió a esta margen del Uruguay, para caer sobre el campamento del mismo.

Sorprendidas las fuerzas de Artigas en la mañana del 4 de Julio, se retiraron, abandonando en manos de los portugueses todo su material de guerra y 200 prisioneros, entre los que se contaba don Miguel Barreiro, el ilustre consejero de Artigas.

DESPERADA SITUACIÓN DE LOS PATRIOTAS

Algunos buenos éxitos, sin mayor influencia en el conjunto de los acontecimientos, como el que obtuvo en el Colla el comandante Ramos, enviado por Artigas a reprimir a las partidas portuguesas que atormentaban con sus depredaciones al vecindario de la Colonia; algunos rasgos de habilidad y arrojo de Rivera, como su admirable retirada del Rabón, en que, perseguido por Bento Manuel durante 12 leguas, logró escapar, batiéndose, sin perder más que 12 hombres de los 600 que llevaba, no eran bastantes a modificar la desesperada situación de los patriotas.

Varios de los principales tenientes artiguistas, como Lavalleja, Otorgués, Manuel Francisco Artigas, y de los hombres civiles fieles a la causa de la patria, como Barreiro y Joaquín Suárez, habían caído prisioneros. La penuria de armas, y la miserable condición de las que restaban, eran cada vez más extremas, en los despedazados ejércitos del Jefe de los Orientales. El desaliento, la seducción corruptora del vencedor, ganaban día por día nuevos adeptos para el pabellón de la conquista. Tal era el cuadro al finalizar 1818. Pero la perseverancia, la energía, la altivez indómita del caudillo de aquella guerra santa, no experimentaban un solo instante de desmayo. Reaparecían más potentes después de cada derrota, y si algo había comparable a ellas, eran el valor y la abnegación de los humildes soldados orientales, que defendían palmo a palmo el suelo de la patria, sin otra compensación que la miseria, ni otra esperanza que la muerte.

VICTORIA DE SANTA MARÍA—DESASTRE DE TACUAREMBÓ Y FIN DE LA RESISTENCIA A LA CONQUISTA

Aun pudo Artigas, antes de ser

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

finalmente derrotado, lograr una victoria de consideración. Desde los primeros meses de 1819 se dispuso para una nueva invasión del territorio de Río Grande, tratando de reunir al efecto las fuerzas con que contaba en Entre Ríos y Misiones, y las que en suelo oriental fué encargado de concentrar Rivera. Andresito, que debía incorporarse con las milicias de Misiones, donde había tomado el pueblo de San Nicolás, viniendo a Chagas, fué atajado, al vadear el Uruguay, por fuerzas del mariscal Abreu, que dispersaron a las del jefe indígena, haciendo prisionero a éste. Rivera, que el 28 de Octubre del año anterior había sido derrotado, en el Arroyo Grande, por Bento Manuel, con gran pérdida de hombres, armas y caballos, trató de rehacerse para cooperar al plan del Protector.

En ejecución de este plan, pasó Artigas al norte del Cuareim. El mariscal Abreu lo esperaba, con 600 hombres, sobre el río Santa María. La vanguardia oriental, mandada por Latorre, acometió el 14 de Diciembre a las fuerzas portuguesas, y las derrotó causándoles fuertes bajas. Artigas, confirmado en su fe por este triunfo, dirigió desde su campamento de Santa María una enérgica nota al Congreso de Buenos Aires, conminándole a repudiar la complicidad con la conquista portuguesa.

Pero no duró mucho tiempo la impresión de la victoria. Mientras Artigas, trasladándose al Mataojo, en el Salto, esperaba refuerzos que debían venirle de Entre Ríos, Latorre, con la vanguardia vencedora en Santa María, era obligado a retroceder, por la reacción de los portugueses. Dirigióse Latorre a las puntas de Tacuarembó, siguiéndole todo el ejército artiguista, y allí fué éste sorprendido y destrozado, el 22 de Enero, por fuerzas del conde de Figueira. Tres mil hombres componían esas fuerzas, y dos mil las de los patriotas. El desastre asumió tan pavorosa magnitud, que de estos dos mil quedaron muertos ochocientos. Una derrota realizada por tamaños sacrificios cerró, con

honor para los orientales, aquella guerra desigual.

A pesar de lo terrible del golpe, Artigas no pensó sino en continuar la resistencia, y a ese fin ordenó a Rivera, acampado en Tres Árboles, que se le incorporara. Pero el vencedor del Guayabo había perdido toda fe en la posibilidad de seguir haciendo frente al invasor; y persuadido de que debía someterse por el momento, para quedar en aptitud de reaccionar llegada la hora oportuna, aceptó las proposiciones de Lecor y depuso las armas. La resistencia había concluido en todo el territorio oriental.

REBELIÓN DE RAMÍREZ CONTRA ARTIGAS

Artigas pasó a la opuesta margen del Uruguay, con una escolta de trescientos hombres, y se propuso reunir, en las provincias litorales, fuerzas con que volver a luchar contra el conquistador.

Pero los caudillos locales de aquellas provincias tenían formadas ya ambiciones inconciliables con el protectorado de Artigas. Siguiendo todavía las inspiraciones del Jefe de los Orientales, Ramírez, de Entre Ríos, y López, de Santa Fe, habían reanudado la guerra contra Buenos Aires, y a pesar de los ejércitos del Directorio, habían entrado vencedores en la capital de las Provincias Unidas e impuesto la disolución del Congreso y la destitución del Director Rondeau. Elegido Sarratea para sustituir a éste, el nuevo Director convino con los caudillos provincianos el pacto llamado *del Pilar*, que consagraba el ideal artiguista, en cuanto establecía la confederación, determinando que su capital había de radicarse fuera de Buenos Aires; pero que, por sus cláusulas secretas, tendía a anular la influencia personal de Artigas, abandonándolo en la guerra con los portugueses y estimulando la ambición de Ramírez para que se le emancipase y aspirara a ser el sumo caudillo del federalismo.

Artigas negó su aprobación al pacto del Pilar, y reconvino a Ramírez por haberlo firmado; y el caudillo entrerriano

El Libro de la América Latina

contestó intimando a su antiguo Protector que saliese del territorio de Entre Ríos. Trabada la guerra entre ambos, Artigas derrotó a Ramírez en las Gauchas, el 13 de Junio, pero Ramírez tomó el desquite en sus sucesivos triunfos del Paraná, Mocoretá, las Tunas, Ávalos y otros, con los que llevó a su contendor hasta las fronteras de Corrientes, y luego, al través de esta provincia, hasta las Misiones.

OSTRACISMO Y MUERTE DE ARTIGAS

Acosado por Ramírez, Artigas, con un grupo de sus soldados, atravesó el Paraná, por la Candelaria, y buscó refugio en territorio paraguayo. Era esto el 23 de Septiembre de 1820.

Gobernaba el Paraguay, ya emancipado de España y separado también de las provincias del Río de la Plata, el doctor Gaspar Rodríguez de Francia, tirano suspicaz y sombrío, que adoptó por plan mantener a su pueblo en completo aislamiento del mundo, prohibiendo casi absolutamente la entrada y salida de viajeros, y oponiéndose al mismo intercambio comercial.

Francia, después de disponer que fuera disuelto el grupo de soldados de Artigas, ordenó que condujesen a éste a la Asunción, donde le dió por hospedaje una celda del convento de la Merced. Allí le hizo permanecer por varios días, hasta que determinó confinario a la remota aldea de Curuguaty, señalándole un pequeño sueldo y una corta extensión de campo.

Artigas empleó noblemente su soledad y su abandono dedicándose, con sus propias manos, al cultivo de la tierra, y repartiendo entre los pobres del vecindario las cosechas que recogía.

Muerto Francia, le sucedió en el gobierno del Paraguay don Carlos Antonio López, por cuya orden fué trasladado Artigas de su residencia de Curuguaty a una chacra de los alrededores de la Asunción, donde permaneció hasta el fin de su vida. A pesar de

habérsele ofrecido en 1841, por el presidente Rivera, volver al seno de la patria, Artigas, sintiéndose ya doblegado por la edad y esquivando, probablemente, intervenir en las discordias civiles que dividían a los orientales, prefirió morir en el destierro. Sobrevino su muerte el 23 de Septiembre de 1850.

TRIUNFO DEFINITIVO DE LAS IDEAS DE ARTIGAS

Cuando Artigas fué a refugiarse para siempre en el Paraguay, aparecía doblemente vencido: por el conquistador lusitano, en su aspiración de independencia, respecto de los pueblos de Europa, para su tierra natal; por el gobierno de Buenos Aires, en su ideal de federación republicana. Pero Artigas, por los resultados que quedaban de su propaganda y de su obra, fué en definitiva un vencedor. Los caudillos del litoral argentino, separados de él, pero agitando la bandera que él había puesto en sus manos, derrotaban en los mismos momentos en que se eclipsaba el Jefe de los Orientales, al Congreso de Tucumán y al Directorio porteño, hiriendo de muerte los sueños unitarios y monárquicos que habían inspirado la política de Buenos Aires. Cuando, treinta años más tarde, después de atribulado período de disolución nacional, se reconstruye la unidad argentina, se hace tomando como perdurables fundamentos de su organización, las bases artiguistas de 1813.

En cuanto a la conquista lusitana, pudo mantenerse sobre el suelo oriental hasta un lustro después del ostracismo de Artigas; pero el sentimiento indómito de autonomía que el gran caudillo había estimulado en el alma de su pueblo, dió impulso incontrastable a la reacción libertadora y aseguró a la patria de los orientales, si no un lugar prominente en el seno de la vasta federación que Artigas soñara, un puesto incommovible y digno entre los pueblos libres de la tierra.